




SALÓN MEXICO

Una película de Emilio Fernández

 CINETECA
NACIONAL
MÉXICO

CLÁSICOS DE LA ÉPOCA DE ORO
DEL CINE MEXICANO

 Videoteca
Del cine mexicano

CLÁSICOS DE LA ÉPOCA DE ORO DEL CINE MEXICANO

Salón México

México | 1948 | 95 min.

Dirección: Emilio Fernández. **Guión:** Mauricio Magdaleno y Emilio Fernández. **Fotografía en blanco y negro:** Gabriel Figueroa. **Edición:** Gloria Schoemann. **Con:** Marga López (Mercedes López), Miguel Inclán (Lupe López), Rodolfo Acosta (Paco), Roberto Cañedo (Roberto), Mimí Derba (directora), Carlos Múzquiz (patrón), Fanny Schiller (prefecta). **Compañía productora:** CLASA Films Mundiales. **Producción:** Salvador Elizondo Pani.

Para mantener los estudios de su hermana, una mujer trabaja como fichera en un popular centro nocturno, el *Salón México* y se enfrenta a explotadores, protegida por su eterno enamorado, el policía Lupe López. Después de ser el máximo poeta del cine rural, el *Indio* Fernández descendió a los infiernos del melodrama cabareteril con esta obra maestra que tanto enarbola los valores del sacrificio, el patriotismo y el amor como las únicas fuerzas que harán resistir a una civilización en franca crisis moral, como celebra la sensualidad de la vida nocturna urbana por medio de la espléndida fotografía *noir* de Gabriel Figueroa.

Emilio *Indio* Fernández

Coahuila, México, 1906 – Ciudad de México, 1986

En 1919 se enroló como soldado y un año después ingresa al Colegio Militar de donde es expulsado. Viajó a Estados Unidos y ahí trabajó como extra y bailarín en Hollywood entre 1924-1934. Aprendió a utilizar la cámara y al ver la propuesta plástica de Serguei Eisenstein en *¡Qué Viva México!* (1931) regresó al país para convertirse en realizador. Comenzó trabajando en el medio como bailarín, actor y argumentista. Actuó en *Janitzio* (1934) de Carlos Navarro y *Adiós Nicanor* (1937) de Rafael E. Portas y bailó en *Las mujeres mandan* y *Allá en el Rancho Grande* de Fernando de Fuentes (1936). Co-adaptó el guión de *Los muertos hablan* (1935) de Gabriel Soria. Dirigió su primera película, *La isla de la pasión*, en 1941. Conformó equipo con el cinefotógrafo Gabriel Figueroa, el escritor Mauricio Magdaleno y los actores Pedro Armendáriz, María Félix, Columba Domínguez y Roberto Cañedo. Hizo un cine relacionado con la revolución en películas como *Flor Silvestre* y *María Candelaria* (1943), *La perla* (1945) y *Enamorada* (1946). En 1949 participó con *Pueblerina* en el Festival de Cannes y ganó en la categoría de mejor partitura musical. Cambió de locaciones rurales a las de la ciudad en las películas *Salón México* (1948) y *Víctimas del pecado* (1950). Su último filme como realizador es *Erótica* (1978), ya que a partir de *La Cucaracha*, de Ismael Rodríguez (1958) sólo apareció como actor. Su obra suma 98 películas como actor y 42 como director.

Comentario

Durante el gobierno de Miguel Alemán (1946 a 1952), México dio un gran salto por el camino del desarrollo industrial y la urbanización. Eso se tradujo, entre otras cosas, a un crecimiento inmoderado de la Ciudad de México. Tal crecimiento se reflejó en el auge de un cine urbano dedicado a atribular a su público humilde con las desventuras melodramáticas del arrabal y del cabaret.

De apenas tres películas de este tipo de cine en 1946, el cine mexicano pasó a producir 13 en 1947 y 25 en 1948. En 1949 fueron 47, y 50 en 1950. Una de las 25 películas de cabaret y arrabal filmadas en 1950 fue *Salón México*, producida por CLASA Films Mundiales que presidía entonces Salvador Elizondo, padre del escritor homónimo.

Aunque sólo duró tres semanas en el cine capitalino de estreno, *Salón México* tuvo buen éxito en taquilla, pero dividió a la crítica. En *El Nacional* del 27 de febrero de 1949, Efraín Huerta pareció abundar en el *Espíritu de la gacetilla* antes transcrita al dar el título “*Salón México*, la nota roja de la cinematografía mexicana” a su crónica que decía:

“Espérense, ahora voy a dejar en paz a las nubes y haré una película que sea el alma de nuestra ciudad de México.” Entonces *El Indio* Emilio Fernández realizó *Salón México*, y la dirigió desde un carro radiopatrulla, bajo la vigilancia de todo el cuerpo policiaco. No es una obra maestra. Es, el film, una obra maestra para adultos. Vigor. Fibra. Músculos. Vísceras. Escenas agrias y amargas. Escenas de desorbitada y tropical lujuria. Y una trampa cuya síntesis puede darse en tres líneas: la triste historia de una infeliz cabaretera, que se sacrifica etcétera.

Y vamos por partes. Nuestro cine ha dado estos expertos directores en ciudad: Alejandro Galindo, Julio Bracho, Gilberto Martínez Solares, Juan Orol e Ismael Rodríguez. Son genios. Cada uno se ha impuesto una personalidad. Y uno es fino, maduro el otro, elegante el de más acá, torpe el que ya se sabe y agilísimo y audaz el último de ellos. Sus films tienen fuerza y colorido. Gracia y técnica. (Toda la gracia que puede caber en un cinematográfico alarde de técnica.)

Han hecho pequeños cristos del cine, su repartición de las vísceras. A Galindo le han tocado los riñones, los pulmones a Julio, el corazón a Martínez Solares, el costillar a Juan Orol y el rostro a Ismael Rodríguez. Como *El Indio Grande* se apresuró a contratar al hombre que es su *Rebeca* particular: Gabriel Figueroa, el fotógrafo que no sólo le come las nubes, sino todo el mandado de laureles

CLÁSICOS DE LA ÉPOCA DE ORO DEL CINE MEXICANO

y perejil venecianos, etcétera. Echó mano, también del maestro barcelonés Antonio Díaz del Conde. Y contrató a la bella Marga López, que hace la sufrida cabaretera, a Miguel Inclán, en el papel de sentimental genízaro, a Rodolfo Acosta, gran secretario general del sindicato de pachuchos, y a Roberto Cañedo, el joven actor tapatío. Y también aparecen por ahí la imponente Mimí Derba, la siempre justa Fanny Schiller, el serio y severo compadre Carlos Muzquiz, toda la tribu del Son Clave de Oro, la actriz Estela Matute... Y faltaron, quién sabe por qué, Carolina Barret, Don Roque, Juanito García y otros especialistas del barrio reo de mis entrañas.

Salón México resultó una sinfonía de página policiaca. Formidable y feroz, a veces un poco “apoquinada”; pero siempre dentro de su ambiente, dentro de la ciudad. Hecha a lo largo y ancho de las calles del pensador mexicano, del zócalo “en el que cabe la más recia tempestad” (Miguel N. Lira) y hasta el Museo Nacional de Antropología, con una toma gigantesca del calendario Azteca, etcétera. Es, pues, no sólo una melodía arrastrada –medio tango, medio bolero– de la ruindad de esas calles infernales, sino que, para despertar, ofrece una sabrosa visión turística que Díaz Conde aprovecha para escribir muy bellos musicales y Gabriel Figueroa para lucirse en el arte del claroscuro.

Desde su radiopatrulla, en amena charla con Columba, *El Indio* dirigía con toda fuerza su película “de ciudad”. Y, a su tiempo, organiza la gran cachetina que en el cuarto número seis del hotelucho le propina Rodolfo Acosta a la aguantadora mariposilla que es Marga López. Y se entabla también el duelo entre Don Quijote Inclán (veinte años en el mismo crucero) y el temible azote de las fichadoras. Y gana Inclán. Y el film sigue su curso y la angelical hermanita de la turbulenta cabaretera ladrona –porque también se le iban las manos– no sabe qué es lo que pasa a su alrededor. Bueno, al final meten en la cárcel al pachuco, el pachuco se escapa. Marga lo mata y él a ella.

Y Roberto Cañedo y la chiquita novia se casan. El policía sigue a las puertas del cabaret, viendo pasar medias de seda y faldas ondulantes. El magnífico film termina, y hay un prolongado aplauso para el fenomenal *tour de force* del genialmente frustrado director mexicano Emilio Fernández.”

CLÁSICOS DE LA ÉPOCA DE ORO DEL CINE MEXICANO

José de la Colina escribió sobre “*Salón México: el danzón contra el melodrama*” en su texto *El canto bárbaro de Emilio Fernández*:

“La prostituta que se sacrifica por la hermana, el cinturita vampiro, el gendarme redentorista. Para su primera incursión en el alma del arrabal, en el corazón rítmico del salón de baile popular, en el ámbito explorador y folclóricamente canalla. Fernández tiene que protegerse, púdico en otra prédica patriótica, lanzada, claro está, desde el México casto, blanco, puro, representado por un colegio de señoritas cuya directora es madre de un aviador heroico de ese Escuadrón 201 –veterano de la II Guerra– que pasa por la banda sonora.

Un actor extraordinario, Miguel Inclán (que sería el ciego de *Los Olvidados*, de Buñuel), da al policía *Lupe López* sus rasgos indígenas, su humildad, su ternura casi morbosa, y confiere espesor, verosimilitud a la santidad en principio inverosímil del personaje, al que convierte en el reflejo no glamoroso de los muchachos enamorados antes interpretados por Armendáriz. El melodrama concluye, inexorablemente, en la muerte de “el cinturita” y su explotada hembra. Pero el argumento encarna menos en la pantalla que la sensualidad gozosa y vulgar, el desfogue erótico que Fernández parece hallar en los danzones, en una música cachonda, en la celebración rítmica de los corpus, como si el cineasta que siempre ha tenido el hieratismo sacralizador, hallara un modo de reconocer su impulso pagano y de exaltar el movimiento que desplaza las líneas.”

Emilio García Riera (fragmento).

Emilio Fernández, 1904-1986.

México, 1987, UdG/Cineteca Nacional,
pp. 133, 135, 137